

La materia no existe

# PATRICIA LLOSA

◆ ALBERTO CHIMAL

LA HUIDA / ACRÍLICO

Chimal  
2013

No me gusta hablar de mi trabajo cuando doy clases: me caen muy mal los profesores que usan el tiempo de sus sesiones para hacer comerciales de su obra (“mi libro X es un ejemplo perfecto de esta técnica narrativa..., se los vendo”) o para darse masajes en el ego a costa de sus alumnos desprevenidos (“Elenita —o sea, Poniatowska— siempre me decía que yo era el mejor de mi generación...”).

El año pasado, sin embargo, me preguntaron por mi proceso creativo —esa idea rara— en los últimos minutos de la última sesión de un curso que estaba dando. Cedí. Empecé describiendo los hábitos de escritura de Mario Vargas Llosa.

Yo supe del tema, por un amigo, hace muchos años. Al parecer, el propio Vargas Llosa hablaba con frecuencia de cómo trabaja. No recuerdo dónde lo habrá leído mi amigo, o si me dijo siquiera su fuente, pero parte de lo que él me contaba viene, entre otros lugares, en una entrevista de 2000 que apareció en la revista *Nexos* y que cito a continuación:

Sí, yo trabajo con una disciplina de oficinista. Trabajo casi siempre en las mañanas en mi departamento, donde esté, hasta las dos de la tarde y esas horas son para mí las más creativas. Las horas en que yo avanzo más inventando, escribiendo. En las tardes, por lo general, voy a una biblioteca. Me gusta mucho trabajar en bibliotecas, porque cambio de ambiente, de entorno.

Para no tener claustrofobia, que es una cosa que me ocurre si me quedo en un sitio mucho tiempo. [...]

*¿Eso cuánto tiempo te lleva?*

Unas cuatro, cinco horas de trabajo. Y luego me voy a la biblioteca. Gozo mucho esas tardes cuando corrijo lo que he escrito en la mañana y puedo añadir, puedo cortar. Además, también leo, hago notas, el trabajo de investigación es para mí muy importante. Es una investigación no en busca de la fidelidad, de la verdad, sino de familiarizarme con un tema, con una cierta gente, una cierta época. Y eso a mí me va creando un clima que es muy estimulante para escribir.

*¿Escribes a mano?*

Sí, la primera versión siempre es a mano. Con tinta y en cuadernos.

*¿Escribes en cafés?*

Escribo en cafés también. En Madrid, por ejemplo, a veces voy a un cafecito muy simpático que hay en la Plaza del Ángel, que se llama El Café Central. En las tardes está siempre solitario. O sea, que a las tres, cuatro, cinco de la tarde es perfecto. A las seis hay que escapar porque ya llegan los hábitos. Pero esas tres horas está generalmente vacío y a mí me gusta mucho.

La imaginación de mi amigo, o la mía después de tanto tiempo, le agregaba a la descripción hecha por el escritor la imagen no de un departamento, sino de un

## TAMBIÉN MENCIONÉ EL DETALLE DE LO MUCHO QUE SU LABOR LE DEBE (O LE DEBÍA) A SU ESPOSA, PATRICIA LLOSA.

despacho con paneles de caoba en las paredes y un enorme escritorio, de espaldas a un ventanal desde el que se ve, como mínimo, la Gran Vía de Madrid. Y también añadía un detalle que no he conseguido verificar: que en días desprovistos de inspiración, para no atrofiarse, Vargas Llosa copiaría enteras las planas de *El País*. Cualquier cosa para no dejar pasar un día sin escribir.

Terminé de contar la que yo entendía la rutina de trabajo de Mario Vargas Llosa y dije:

—Desde que supe que tiene esa vida lo odio.

Todo el mundo se rio pero yo me quedé muy sorprendido. No había pensado en decir eso. No odio a Vargas Llosa: no lo conozco. Entre los muy pocos escritores importantes que he llegado a ver en persona no está él y probablemente no lo estará nunca. Su imagen pública no es su persona y mis opiniones sobre su trabajo (varias de sus novelas son deslumbrantes; otras lo son menos y su trabajo como opinador y articulista lo es menos aún) no tendrían por qué ser mis opiniones sobre él. Al mismo tiempo, yo seguía hablando: también mencioné el detalle de lo mucho que su labor le debe (o le debía) a su esposa, Patricia Llosa,



**CUANDO MI ESPOSA Y YO LO LEÍMOS, ENTEN-  
DIMOS QUE LA VIDA DE LUJO DE VARGAS LLOSA  
ERA SIGNO DE UNA DESIGUALDAD TODAVÍA  
MAYOR.**

como él mismo dijo, por ejemplo, en su discurso al recibir el Premio Nobel en 2010:

Ella lo hace todo y todo lo hace bien. Resuelve los problemas, administra la casa, pone orden en el caos, mantiene a raya a los periodistas y a los intrusos, defiende mi tiempo, decide las citas y los viajes, hace y deshace las maletas, y es tan generosa que hasta cuando cree que me riñe me hace el mejor de los elogios: “Mario, para lo único que sirves es para escribir”.

He pensado en esto desde entonces y creo que existe una razón obvia para lo que dije: aquella rutina rígida, rica, ventajosa, envidiable de Vargas Llosa me dolía en la conciencia de clase. El tiempo continuo y la concentración que Vargas Llosa disfruta son artículos de lujo que casi nadie tiene en este tiempo, y menos todavía entre los escritores. Nuestro futuro, como el de casi toda la especie humana, se ve cada vez más fragmentado y a la vez repartido entre cada vez menos actividades más allá de la producción, la distracción superficial y algunas horas de sueño.

No había leído el artículo “Las ‘chachas’ del *boom* latinoamericano” de Noemí López Trujillo, en el que la escritora española detalla la forma en la que las esposas de Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y otros autores de esa misma “generación” recibieron todas un trato machista y condescendiente de sus maridos, por los que sacrificaron casi cualquier posibilidad de hacer algo por ellas mismas. Cuando mi esposa y yo lo leímos, entendimos que la vida de lujo de Vargas Llosa era signo de una desigualdad todavía mayor.

Como ese día me había tocado preparar la comida y ella estaba lavando los platos —y este reparto es lo normal para nosotros: no hay días continuos de escritura a expensas de nadie en la casa—, los dos nos reímos con un poco de amargura y concluimos lo mismo:

—Nos falta una esposa —y luego nos desviamos a bromear sobre Vargas Llosa, su romance con Isabel Preysler y la forma en la que un titular idiota de una revista de chismes le quitó a él el nombre.

—“La mamá de Enrique Iglesias anda con autor famoso” —citamos. Qué más podíamos hacer. ●